

**Los mejores
relatos breves juveniles
de la provincia de Alicante**

2009

Asociación Provincial de Libreros de Alicante

Coordinador:
José A. López Vizcaíno

Ilustraciones:
Escuela de Arte y Superior de Diseño de Alicante
y Editorial ECU

Título: Los mejores relatos breves juveniles de la provincia de Alicante 2009

Coordinador: José A. López Vizcaíno

Ilustraciones: Escuela de Arte y Superior de Diseño de Alicante y Editorial ECU

Portada: Editorial ECU

Cuentos narrados del Audio CD:

Alma triunfante. Narrado por Juan Carlos Fresneda (Onda Cero)

El coleccionista. Narrado por Benjamín Lloréns (Ser)

Te amo. Narrado por Mónica Rendón (Ser)

Más allá de los sueños. Narrado por Juan Francisco Corredera (Ser)

Cerrad los ojos. Narrado por Silvia Cárceles (Ser)

Ruth. Narrado por María Gracia (Cope)

Retazos de mi vida. Narrado por Ricardo Sepulcre (Cope)

Barcos de papel. Narrado por Denis Rodríguez (Cope)

El pitagórico. Narrado por Benjamín Lloréns (Ser)

No te olvidaré. Narrado por Pepe Requena (Onda Cero)

Una amistad en guerra. Narrado por Mónica Rendón (Ser)

Dolor de cabeza. Narrado por Luz Sigüenza (Onda Cero)

Malos tratos. Narrado por Loli Otero (Radio San Vicente)

El dinero no es eterno. Narrado por Juan Francisco Corredera (Ser)

Huesos negros. Narrado por Juan Francisco Corredera (Ser)

Solo un poco más. Narrado por Arena García Fernández (Radio San Vicente)

ISBN: 978-84-8454-852-2

Depósito legal: A-444-2009

© 2009 Editorial Club Universitario

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

INTRODUCCIÓN

Una vez más los jóvenes de la provincia de Alicante han dejado un reflejo en este libro de su espíritu de creación, de su insaciable imaginación y compromiso con este concurso.

Me encuentro plenamente satisfecho al constatar que esta convocatoria ha tenido una enorme acogida entre los centros de nuestra provincia, a pesar de que se trata de un certamen un tanto inusual.

Aquí se recoge una diminuta muestra de cómo los adolescentes de nuestro tiempo utilizan el poder de la escritura para relatar sus vivencias cotidianas, desvelar sus miedos, afianzar sus creencias, y difundir sus esperanzas, sueños e ilusiones.

Todos somos responsables de la educación literaria que reciban estos jóvenes, y cuando digo todos, me refiero a padres, profesores, e incluso a cualquier asociación que promueva la divulgación de la lectura y potencie la escritura.

Hago referencia a Víctor Manuel Peralta con su cita: “Cuando alguien lee no sólo está haciendo algo, también se está haciendo alguien”.

En su cuarta edición, hemos incluido una novedad como venimos haciendo hasta ahora. Además de poder disfrutar del placer que provoca leer los relatos hemos incorporado un CD, con el fin de seducir también nuestro sentido auditivo. En este proyecto se han volcado varios medios de comunicación de nuestra provincia: la COPE, la SER, Onda Cero y Radio San Vicente, Información TV, a los cuales agradecemos su implicación.

Asimismo, los alumnos de la Escuela de Arte Superior de Diseño de Alicante han contribuido encargándose de las ilustraciones de esta obra, enlazando otra forma más de expresión artística.

Deseo dar las gracias al jurado compuesto por José Luis Ferris (Director de Jurado), Mariano Sánchez Soler, Manuel Avilés, Ángeles Cáceres, Araceli Puga, Francisco Arco y María Soledad, que se involucra cada año en este certamen para tomar la complicada decisión de premiar y recompensar a los mejores participantes.

Quiero realizar una especial mención, al nombrar al CEFIRE, el organismo que nos sirve de puente para comunicarnos con los centros educativos de Alicante, y a la Universidad de Alicante que también coopera con nosotros en este propósito.

Para finalizar me gustaría reconocer la colaboración prestada a la Asociación Provincial de Libreros de Alicante, que ejercen a lo largo de todo el año instituciones públicas como el Ayuntamiento de San Vicente del Raspeig, el Ayuntamiento de Alicante, la Diputación de Alicante, la Conselleria de Industria, Comerç e Innovación, la Conselleria de Cultura i Esport y la Conselleria d'Educació de la Generalitat Valenciana, la Cámara de Comercio, la Confederación Empresarial de la Provincia de Alicante y el Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert.

José A. López Vizcaíno.
Presidente Asoc. Prov. Libreros

INSTRUCCIONES PARA CRUZAR LA LÍNEA QUE SEPARA LA REALIDAD DEL MISTERIO

Los libros, por lo común, son un compendio numerado de páginas que, en orden creciente, concluye con una hoja final que resulta ser, por cuestiones de encuadernación y de álgebra, múltiplo de 4, 8 o 16. Si la obra supera las 300 páginas, como en el caso que nos ocupa, estaremos hablando de un volumen respetable que requiere un tiempo no menos respetable para ser leído en su totalidad. Pero siempre consuela saber que, en cualquier caso, hay páginas prescindibles que aliviarán el peso de la lectura, ya que el lector podrá saltárselas con todo el derecho (y no menos deportividad) y concentrarse únicamente en la carne de los relatos o de las historias que configuran dicha obra. Entre esos fragmentos prescindibles se encuentran, por supuesto, los prólogos al uso, esos discurso más o menos amables que pretenden cubrir el expediente con la cordialidad y el ingenio de quien los firma, pero que están condenados –seamos sinceros– a perecer de antemano bajo el estigma del olvido o el desdén más que razonable de quienes andan muy escarmentados con textos de esta índole, aburridos hasta el infinito e insufriblemente correctos.

La prueba de esta irrespetuosa (pero cabal) afirmación es este mismo texto introductorio. Nunca lo hubiera escrito con tan menguada consideración de no estar convencido de su inutilidad y de su ineficacia. Convencido de que no será leído por nadie, me permito reflexiones tan íntimas como el placer que me ha despertado la lectura de los cuentos y relatos aquí reunidos; manifiesto mi profunda admiración por los chicos y chicas que han convertido una idea, un sencillo pensamiento, es una historia escrita capaz de emocionar, de hacer reír, de hacernos pasar unos minutos de ensoñación, de intriga o de aventura...

He ahí la palabra que todo lo puede: *aventura*. Eso es precisamente lo que estás a punto de emprender una

vez superada esta página. Te encuentras, pues, querido lector, en la casilla de salida de un juego que te va a llevar a lugares insólitos, a insospechados rincones de la vida y del alma, a momentos que ya pasaron o a tiempos que ni siquiera han sucedido en la imaginación de nadie.

Lo que quiero decirte es que la decisión de cruzar o saltar el pasadizo de este prólogo es completamente tuya. Tú eres el responsable de lo que suceda a partir de ahora, ya te animes a leer desde la primera página o desde cualquier punto de este libro, allá tú. Aunque, claro, siempre estás a tiempo de echarte atrás, de cerrar este volumen de relatos que ha ido a parar a tus manos y de perderte algo francamente entretenido.

Como comenté hace un tiempo en un lugar como éste (un prólogo cualquiera), leer es una tarea francamente compleja para un buen número de personas que prefiere emplear su tiempo en menesteres menos solitarios. Para ellas, una imagen siempre fue mejor que mil palabras. “Prefiero *mirar* a *leer*”, dijo no hace mucho un ilustre indocumentado para justificar su enorme desamor a los libros. Rotunda afirmación que hubiera merecido una respuesta no menos contundente: el arte es un estupendo bálsamo para el espíritu, pero la literatura tiene propiedades tan infinitas que ningún alquimista de las palabras ha podido cuantificarlas aún.

Una imagen puede ser, sin duda, magnífica; puede sugerir y evocar, transmitir sensaciones, pero no te equivoques: una sola palabra es capaz de alcanzar tal poder, puede encerrar tantas imágenes, que si las multiplicáramos por las miles (de palabras) que en este libro aparecen, tendríamos un número tan incalculable de figuras como la cifra de estrellas que cuajan el cielo de la noche.

No lo dudes y ámate a traspasar la línea que separa la realidad del misterio. No te vas a arrepentir, porque, a poco que lo intentes, te verás atrapado en las zarpas de un cuento delicioso, en la trama de una historia escrita por un niño como tú, como el que eres o el que fuiste algún día, en el relato de una niña que espantó la soledad con sus palabras mágicas, que viajó al fondo del espejo y descubrió la secreta singladura de un barco de papel, los secretos del coleccionista que perdió la memoria o las pesquisas de una perrita llamada Ruth. Pero además, la puerta de la aventura será tuya y, al abrirla, dispondrás a placer

de la máquina del tiempo, conocerás a los guardianes de la felicidad y los caminos nuevos que conducen a la nostalgia, a la cueva de las brujas, a la casa construida más allá de los sueños o al universo que duerme en el fondo de una carta.

Este libro es una casa con cien buhardillas abiertas para ti. Cien niños y niñas han puesto en ellas su almohada de sueños para que te acomodes, para que seas por una tarde o una noche su invitado y te deleites con sus historias.

Si no lo haces, si te echas atrás, te habrás perdido lo mejor de ellos y lo mejor de ti mismo, tu corazón será más triste que ayer y te harás mayor antes de que el tiempo toque a tu puerta.

No lo olvides, si una palabra esconde miles de imágenes y una imagen vale por mil palabras, ¿cuántas palabras y cuántas imágenes te perderás por no leer un libro como éste?

Todo lo dicho en este texto, como es lógico, se autodestruirá pasados unos segundos o, simplemente, quedará camuflado en el invisible espacio de un prólogo que nadie osará leer por las razones arriba expuestas de economía e higiene mental. Por lo demás, subrayo de nuevo mi admiración y mi apoyo a estos chicos y chicas que escriben reque-tebién y a estos premios que apuestan sin reservas por la sonrisa y por la buena literatura.

Que nos vaya bien a todos.

JOSÉ LUIS FERRIS
Escritor

LISTA DE PREMIOS

- 1^{er} Premio:** “UNA AMISTAD EN GUERRA”
Julia Molina Cabrera. 3º ESO
Colegio Jesús–María. Orihuela
- 2^{do} Premio:** “DOLOR DE CABEZA”
Laura Gómez Gracia. 4º ESO
I.E.S. Thader. Orihuela
- 3^{er} Premio:** “RETAZOS DE UNA VIDA”
Víctor Alfonso Rinardo Belmar. 4º ESO
I.E.S. Miguel Hernández. Alicante
- Accésit:** “UN SOMRIURE AL DESERT”
Paula Belda Azorín. 1º ESO
I.E.S. Professor Broseta.
Bañeres de Mariola
- “BARCOS DE PAPEL”
Úrsula Doménech Bustamante. 4º ESO
I.E.S. La Melva. Elda
- “TÚ”
Virginia Hernández Martínez. 3º ESO
Salesianos M^a Auxiliadora. Villena
- Premio editorial:** “BESO”
Cristina Miguélez Gavilán. 3º ESO
San Raimundo de Peñafort.
San Vicente del Raspeig
- Premio ilustración:** “DE ENEMIGOS A AMIGOS”
José Miguel Guillén Bello

EL CASERÓN DEL DIABLO

Lucía Berengur Verdú. 2º ESO

Sección del IES S. V. Agust

Todo sucedió aquel verano. Me acababa de mudar a un pequeño pueblo de Granada.

Apenas hacía unos días que acababa de conocerlas y ya las consideraba mis mejores amigas. Estábamos todas: Aroa, María José, Kerry, Jessica, Raquel, María, Tamara y Dafne. Yo las quería muchísimo. Aroa era morena. Su abundante melena negra le caía delicadamente sobre los hombros. Era la más alocada del grupo. Sin ella la diversión no hubiera sido la misma. María José era algo bajita, pero no demasiado.

Fue tan amable conmigo los primeros días que yo lo llamaría coloquialmente: “una amistad a primera vista”. Kerly, una ecuatoriana algo mentirosilla le daba un toque pícaro al grupo. Jessica era guapísima. Tenía un flequillo que le tapaba gran parte de la cara y sus cabellos de color rubio oscuro relucían como rayos de sol. Raquel era la más alegre. Tenía el pelo muy rizado. Su cara era de lo más expresiva, transmitía mucha dulzura. María fue mi mejor amiga. Era muy delgada y frágil. Tenía unos enormes ojos verdes muy elegantes, que destacaban en su rostro y contrastaban con su cabello negro. Tamara era sencilla. Fue criada en un internado. Era muy educada y casi siempre permanecía callada. Dafne tenía un punto diferente, de delicadeza, ternura o vete a saber qué era. Todas sabíamos que era diferente pero ninguna de nosotras sabría explicar por qué. A Dafne y a mí nos unía un fuerte vínculo.

Teníamos una gran confianza. Poco a poco las fui conociendo y pasamos a ser una gran familia.

Todas las tardes solíamos reunirnos en casa de María José para marcharnos por el pueblo. Un día pasamos por al lado de una enorme casa con muchos años de antigüedad. Ellas me contaron que aquel enorme palacio se hacía

llamar “El caserón del Diablo” y que, según la leyenda, allí vivió un hombre muy viejo que años atrás había asesinado brutalmente a su mujer e hijos y había dejado sus cuerpos en una especie de urnas de cristal para ver su descomposición. Se decía que aquel hombre estaba bastante trastornado y sufría el síndrome de Diógenes. A mí esa historia no me asustaba, me parecía algo absurdo e ilógico. Mis amigas en cambio no lo asumían tan bien. Su voz temblaba cuando hablaban sobre el tema y al pasar por allí se les helaba la sangre. Por ello siempre lo evitaban. Solían desviarse por un callejón de la Edad Media que a mí me aterrorizaba más porque me recordaba a mi clase de Historia.

Aquel día llovía. Las gotas de lluvia caían agresivamente sobre el suelo. Nos reunimos en casa de María José y alguien propuso ir a explorar por “El caserón del diablo”.

Estoy segura de que a nadie se le pasó por la cabeza que aquello fuera en serio pero viendo que nos íbamos apuntando, acabamos yendo todas. Algunas por cumplir, más que por propia voluntad. Las enormes gotas de agua chocaban contra la verja y producían un sonido muy metálico.

Tamara se detuvo. Supusimos que tenía miedo pero nos dijo que había intuido que iba a suceder algo malo. Así que nos marchamos.

Al día siguiente, cuando quedamos en casa de María José, Tamara no vino. Nos extrañó un poco y nos asustamos pensando en que podría tener algo de relación con lo sucedido el día anterior. Cuando íbamos caminando nos topamos con la madre de Tamara. Estaba muy nerviosa. Nos dijo que Tamara estaba actuando de forma extraña. Se había escondido en la buhardilla y decía cosas sin sentido. Nosotras nos quedamos algo perplejas ante lo ocurrido y decidimos volver esa misma noche.

Cuando llegamos, nos dirigimos hacia la puerta... ¡estaba abierta!, entramos muy despacito y con sumo cuidado, el labio inferior de María empezó a temblar. Tenía la mirada fijada en una pared en la que no había nada, o por lo menos nosotras no lo apreciábamos. Por más que le preguntábamos qué le ocurría, ella no respondía.

Parecía hipnotizada, cuando de momento dijo:

-Abuelita, no te quedes sola.

Pensamos que nos estaba tomando el pelo. Entonces, una mesa cayó al suelo brutalmente y huimos despavoridas. María estaba exhausta y jadeaba.

- ¿Qué te ha ocurrido allí dentro? -dijo Dafne-. Si es una broma, no ha tenido gracia.

- ¿Vosotras no habéis visto a mi abuela? Estaba mirándome -María parecía fascinada.

Entonces rompí el silencio de una forma algo brusca pero fue necesario.

- María, tu abuela está muerta, tú misma lo dijiste. -enseguida me arrepentí de haberlo hecho. Sus ojos se llenaron de lágrimas y bajó la cabeza.

Al día siguiente Tamara vino, estaba algo pálida y decía no acordarse de lo que le había sucedido. Quien no vino fue María. Conociéndola bien supuse dónde estaba.

Convencí a las chicas para ir a buscarla a “El Caserón del diablo”. Esta vez entramos muy rápido. Tamara sostenía un rosario sobre sus manos y Kerry tenía un botecito con agua bendita que habíamos cogido de la iglesia. En el sótano había una enorme mesa para realizar espiritismo y tras ella se hallaba sin vida el cadáver de María. Sin quererlo empezaron a brotarme lágrimas. Notábamos que “algo” la rodeaba. Sin pensárnoslo demasiado pusimos el rosario sobre sus manos e hicimos un círculo a su alrededor con el agua bendita. El movimiento que la rodeaba se detuvo. Salimos de allí, cabizbajas y yo seguía consumida entre amargos sollozos.

Pasados unos días, “El caserón del diablo” estaba rodeado con cinta antidisturbios, varios coches de policía y una ambulancia que exhumaron el cadáver de María. Encontraron tres esqueletos más dentro de unas urnas de cristal. Estos presentaban disparos en la cabeza, en el pecho y en una de las vértebras de la columna respectivamente. Pero el forense declaró que la causa de la muerte de María era desconocida. Tan solo nosotras sabemos la verdad y el juez jamás creyó las declaraciones de ocho niñas que, según él, decían cosas totalmente irracionales e imposibles de demostrar. Aunque supongo que a veces es mejor negar este tipo de cosas por miedo a poder creerlas.



Ilustración: Miriam Fernández

UNA HERIDA INCURABLE

Lucía Dorado Valls. 3º ESO

Colegio Las Carmelitas – La Presentación. Alcoy

¿Cómo explicar esa sensación de miedo que recorre tu cuerpo cuando lo sientes a dos pasos de ti? ¿Cómo algunas personas tienen tanta maldad dentro de las venas...? ¿Cómo pudo ocurrir esto...?

Un alegre día de verano cuando me disponía a bajar la basura al contenedor, abrí la puerta con despreocupación, me acerqué al ascensor y un grito inundó mis oídos. Blanca y asustada me abalancé hacia la puerta haciendo sonar una melodía DING–DONG DING–DONG DING–DONG. Mi madre alterada abrió la puerta, me miró aterrorizada pues había escuchado los gritos de dolor. De pronto un gran silencio abarcó la escalera. ¿Todo había terminado? Cerré la puerta con llave. No comprendía qué sucedía. Apenas unos segundos de silencio... DING–DONG DING–DONG. El timbre estaba sonando. Me acerqué lentamente a la puerta y escuché la voz de una mujer pidiendo ayuda. Abrí sin pensarlo dos veces, la pobre estaba aterrorizada. Le dije que pasara, que no pasaba nada. No se le entendía, pero logré adivinar que sus hijos estaban en la escalera, intentando esconderse de su padre. Salí en busca de ellos, esperaban con cara pálida y asustada. Entraron en mi casa sin pensarlo dos veces. Cerré de nuevo la puerta, cogí el teléfono, pero no me acordaba ni del número de la policía. La pobre estaba casi desnuda, le había roto la camiseta, la espalda la tenía arañada y las gafas rotas. Fui corriendo a mi cuarto y le saqué algo de ropa. Aún recuerdo las lágrimas en su rostro. Cuando se tranquilizó, le pedí que me explicara lo sucedido, porque al llegar la policía necesitaría saber algo más. Se disponía a contármelo cuando repentinamente se oyeron unos ruidos. Su ex marido se había encerrado en casa.

A los pocos minutos se dispuso a recordar su aciaga experiencia. Acababa de llegar de casa de su madre. Allí

recogió a sus dos hijos que habían comido con los abuelos, porque ella estaba trabajando. Cuando llegó a casa, se dispuso a arreglar los cuartos y leer un poco. Y de pronto sonó el timbre. Su hija con toda la inocencia propia de su edad fue a abrir la puerta.

- Sí, ¿quién es?

- ¡Abre, soy papá!

Ella no sabía que iba a pasar esto. La madre le preguntó quién era, respondió que era su padre. Fue corriendo para cerrar la puerta, pues él no podía pasar a su casa. Solamente tenía que ir unos días determinados. Pero llegó tarde, ya estaba allí. Ella le preguntó qué quería, no le tocaba ir a su casa. Contestó que quería ver a sus hijos. Extrañada se giró y cuando se disponía a llamarlos, la arañó y empezó a herirla. Intentaba escapar, pero su fuerza era insignificante. La abalanzó contra el sofá. Desde allí, pudo chillarles a sus hijos para que salieran y se fueran a la escalera. Los hijos impactados por el comportamiento de su padre salieron corriendo. La madre continuaba luchando para poder salir de esa casa. Al final lo consiguió. Sus hijos estaban en la escalera llorando, pensando que su padre ya no les quería. Corriendo, fueron piso por piso llamando a las puertas. No había ningún vecino. Afortunadamente estábamos nosotros, abrimos y se terminó la pesadilla.

Al acabar de contarme la historia, justo en ese mismo instante, llegó la policía. Intentaron abrir su casa, pero no lo conseguían, estaba cerrada con llave. No podían hacer nada salvo esperar. A las dos horas el maltratador recapacitó, sabía que no iba a salir de esa. Al oír que se lo llevaban, respiró profundamente y la cara de miedo que inundaba su rostro cambió por completo. Su expresión en esos instantes era de dolor, las heridas estaban sangrando. La ambulancia se la llevó para poder curarla. Cuando volvió, todo había terminado.

El miedo te secuestra muchas veces el pensamiento, pero las cosas siempre vuelven a su sitio y pueden llegar a ser mejores. Lamentablemente, para las personas que sufren estas circunstancias las heridas se convierten en incurables.

ALMA TRIUNFANTE

Laura Tárraga Vañó. 3º ESO
Colegio Las Carmelitas – La Presentación. Alcoy

Estaba más nerviosa que nunca, un sudor frío me recorría la frente, de solo mirarle delante del peligro el corazón me iba a mil por hora, los dientes me chirriaban, y él aún continuaba allí delante de ese toro bravo, allí con su temple y valor. Me sudaban las manos, notaba como se me llenaban los ojos de lágrimas, sentía como una pequeña aguja me pinchaba en el interior, no iba a dejar que me viese llorar, pues necesitaba todo mi apoyo en aquel momento. En un instante sus ojos se cruzaron con los míos, tragué saliva, su mirada era como un susurro al oído, me decía que estaba seguro, que me relajase y que me quería. Por aquella distracción el toro le embistió, una voltereta o tal vez dos, aquella pequeña aguja de mi interior se convirtió en una espada que me quería matar. Me faltaba el aire, me asfixiaba, no me podía mover, todo el mundo gritaba y corría. Me quedé inmóvil, su mirada sin movimiento y fría se posó en mí, no pude contenerme, tuve que hacerlo, corrí hasta más no poder, intenté encontrarme con él, pues necesitaba tocar sus manos por última vez.

Varios hombres intentaron retenerme, estaba demasiado nerviosa como para hacerles caso, un chico joven procedente de su cuadrilla me permitió el paso, corrí más que antes, las piernas me temblaban, la cabeza me daba vueltas. Llegué a su vera, aún respiraba, le costaba, pero aún vivía, al verme sus ojos se hicieron cristalinos, una sonrisa recorrió su rostro, me apretó las manos con las fuerzas que le quedaban, noté como depositaba algo en ellas, pero en ese momento todo daba igual, quería estar con él y no soltarle. Me acercó a su cara sudada y llena de sangre, me besó la frente y dejó caer una lágrima por su mejilla, siempre había sido tan morena... y en ese momento... estaba blanca como la nieve, casi como un susurro me dijo: “Lo siento, pero te quiero”.

Quise contestarle y decirle tantas cosas, pero no tenía fuerzas para ello, entonces apartó su mano de mi cara y la depositó en mi vientre, ese fue su último esfuerzo.

Después de aquello, cerró los ojos y con una sonrisa en la cara se elevó como una paloma sin rumbo, su cuerpo yacía inmóvil en el suelo pero su alma permanecía conmigo, un alma triunfante... la brisa del viento olía a él, rompí a llorar y no quise parar...

Lo más duro de verle por última vez era saber que alguna vez le vi. No pude ir a su despedida, era demasiado duro para una persona tan frágil como yo... aquella noche, soñé con él:

Estaba yo sola, sentada, en la plaza donde ocurrió todo, no había nadie, solamente yo y mi soledad, mi soledad y yo. Me sentía a gusto, un lugar donde nadie me pudiese molestar en ese momento, era todo lo que pedía. El sol me daba en la cara, cerré los ojos para disfrutar su calor, de momento, se formó una sombra y el frío recorrió mi cuerpo. Casi como un reflejo abrí los ojos, no veía a nadie, pero era como si alguien me tapase el sol, vi su sombra junto a la mía, sin dar crédito, me froté los ojos un par de veces, aún seguía allí... me giré aturdida. Cuando lo hice, me di cuenta de que estaba ahí, vestido con el traje oro y azul, el sol lo iluminaba y hacía brillar sus lentejuelas, no tuve apenas miedo, me cogió el mentón con su mano izquierda y me acercó a su cara con cuidado, puso su frente junto a la mía, deseé besarle por última vez, pero en vez de eso me dijo: "Mira en tu mano". Miré por el rabillo del ojo la mano que sostenía su mano, y vi una especie de carta de póquer. Era el tres de corazones, pero poco a poco fue difuminándose uno de ellos, se iba desvaneciendo mientras él desaparecía. Intenté con todas mis fuerzas retenerle a mi lado para siempre, mi esfuerzo fue en vano. Desapareció, en la carta solo quedaron dos, entonces escuché el latido de un corazón a lo lejos.

Volví a estar sola, en aquella plaza que tanto odiaba por llevarse lo que más amaba en este mundo. Oscurecía, me quedé allí mirando la puesta de sol. Estuve sentada hasta que me desperté en mi cama. Confusa y con mucha rabia, cerré los puños con fuerza al darme cuenta de que todo había sido un sueño, y al apretar, noté un papel en mi mano. Me apresuré a mirar, allí estaba... la carta... la carta del dos de corazones de aquel sueño... así logré entender... que una parte de él se había quedado conmigo.

SOLAMENTE UNA VIDA

Jeannette Botí Herrero. 3º ESO
Colegio San Vicente de Paúl. Alcoy

¿Saber lo que se siente al no poder caminar? ¿Al tener que utilizar una silla de ruedas para moverte a todos los lados? ¿El no salir los sábados por la gente que se burla? ¿El no tener amigas por ser diferente?

Me llamo Laura, tengo 11 años y soy discapacitada. Mi vida no es muy especial, la verdad que no lo es.

Yo de pequeña no era discapacitada, esto ocurrió cuando tenía 8 años. Un día estaba con mi madre en el coche y ella siempre me decía que me pusiera el cinturón, ese día no me lo puse, se ve que no le hice caso.

Lo único que recuerdo en estos momentos es que me dijo que me pusiera el cinturón y entonces vi cómo mi madre se pegaba con algo, desde ahí no vi nada.

Cuando me desperté vi a mi padre, con una mascarilla verde, gorro verde... Él simplemente me dijo que descansara y cogiera fuerzas.

Al día siguiente ya estaba en una sala blanca y ahí estaba mi abuela, mi padre, y mis otros abuelos. Entonces cuando me desperté me dijeron que había estado en coma 2 semanas y así me lo explicaron todo.

Hasta que pensé y les dije que dónde estaba mi madre, pero se hicieron los tontos y no me contestaron.

Otra cosa rara en esos momentos era que me creía que estaba dormida y por eso me decían que no podía mover las piernas, pero entonces el médico entró y me dijo que me había quedado minusválida.

En esos momentos el mundo se me cayó encima, no pude más y empecé a llorar.

Lo peor me pasó cuando mi padre no lo pudo aguantar más y me lo contó, me dijo que mi madre había muerto en aquel accidente. Eso fue lo peor.

Ahora con 11 años aún me sigo acordando de ella, lloro y le cuento mis cosas como una cosa normal y rara para

los demás. Pero es lo que pasa cuando no tienes a una madre a quien contarle tus penas, tus amores, a alguien en quién confiar, todo eso que hace una madre.

Y, aunque eso fue muy fuerte para mí, mi madre me dio fuerzas y me da para así poder intentar caminar.

Y siempre pienso en qué haría o qué diría, cómo sería, simplemente quería tener un lugar, y no estar siempre en la oscuridad.

Por eso a veces pienso en esa gente que está perfecta, que tiene padres y que es feliz.

Luego se ponen tristes por cualquier tontería como si estoy guapa o no, o estoy gorda o no, y dicen que ojalá se murieran, entonces yo ¿qué?...

Cada uno tiene la vida que se merece, y unos tienen más suerte que otras, por eso yo digo un texto que siempre lo tendré aquí dentro, porque mi madre siempre me lo decía...

“La vida es un regalo y a veces te puede gustar o no, pero lo mejor que puedes hacer es disfrutarla y no pensar en esto y en lo otro...”

Eres una afortunada por haber nacido, por tener a toda esa gente que te quiere, por seguir aquí, y aunque vivas momentos malos, de lo único que te vas a acordar son de esos buenos momentos.

No te entretengas en tonterías y vete a buscar la felicidad, que el tiempo pasa muy deprisa.

Y te aseguro que no te va a gustar; la vida te va a parecer demasiado corta.

Hija, estás aquí para ser feliz”.

Hoy en día intento superar todo lo que se me presenta e intentar pasarlo bien.

En estos tiempos lo único que tengo que decir es...

TE QUIERO MAMÁ, SIEMPRE OCUPARÁS UN GRANDE Y LINDO LUGAR EN MI CORAZÓN.

GRACIAS.

LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD...

Miriam Moreno Llácer. 1º ESO
Colegio San Vicente de Paúl. Alcoy

Me llamo Roberto y tengo 12 años, mi padre y yo vivimos en un pequeño pueblo francés pero somos de nacionalidad española y nos tuvimos que mudar a Francia porque en España no nos llegaba el dinero ya que mi madre falleció cuando nació. A ella le encantaba tocar el violín, incluso llegó a tocar en una de las mejores compañías de Estados Unidos y mi padre me dijo que yo había heredado ese don.

La verdad es que sí, a mí me encantaba tocar el violín, de hecho, es mi sueño, pero no tengo formación en nada ya que andamos escasos de dinero y a mi padre no le llega ni para comprarme un violín.

Voy a una escuela privada y allí no soy muy bien visto porque no encajo mucho en ella, pero conseguí hacerme amigo de uno al que llamaban “gay” porque le atraían lo hombres, se llamaba Ezequiel y a él también le encantaba tocar el violín e iba a el mejor conservatorio del pueblo ya que sus padres sí que se lo podían permitir.

Un día me invitó a una audición que celebraba con los demás alumnos en el conservatorio, yo accedí, cómo no.

Una vez allí, todo me parecía un sueño, tocaban de cine, pero me llamó la atención una muchacha con una melena rubia sedosa casi como el blanco de las nubes con unos ojos verdes y un rostro como la porcelana, llevaba puesto un vestido azul cielo y tocaba muy lindamente el arpa, tenía muy buen ver. Nos enamoró a todos, pero especialmente a mí.

Dio la casualidad de que al día siguiente, la percibí pasar ante mis ojos y no quise perder esa oportunidad:

– Hola, ¿eres tú la que tocó el arpa el día de la audición?
–dije.

– Sí soy yo –dijo la muchacha entre risas por mi estado de nerviosismo.

- Soy Roberto y me encantó la audición, se me erizaron los pelos en cuanto te escuché.

- Vaya, gracias, soy Bárbara.

Pasé una maravillosa tarde con ella, además descubrí que su abuela también tocaba el violín y que era de una de las familias más ricas del país.

Al día siguiente me encontré a Bárbara en la hora del desayuno y se dispuso a decirme:

- Roberto, ¿te gustaría venir a recibir clases donde vamos tu amigo Ezequiel y yo?

- No va a poder ser, mi padre no tiene suficiente dinero como para pagarme ese conservatorio, me conformaré con tocar en casa.

- Lo siento, me hubiese gustado que pudieras aprender como nosotros.

Estaba decepcionado, un sueño para mí nunca se iba a poder cumplir, ni ese ni ningún otro porque no teníamos recursos para dar este paso.

Los próximos días estuve yendo al conservatorio porque me invitaron a ver cómo practicaban con los instrumentos.

Transcurrió una noche triste, las gotas de agua de la lluvia impactaban sobre la ventana de la habitación.

¡No me lo podía creer! Tenía que ser un sueño. La mañana siguiente Bárbara me comentó que sus padres habían accedido a pagarme las clases en el conservatorio.

Las palabras que salían de la preciosa boca de Bárbara no podían ser ciertas.

Al llegar a casa le hablé a mi padre del estupendo plan de los padres de Bárbara, pero él no estaba conforme ya que le parecía que era mucho el dinero el que tenían que pagar.

Yo muy decepcionado corrí a mi habitación, entre sollozo y sollozo.

No pensaba quedarme de brazos cruzados y rechazar la invitación y decidí ir a clases a hurtadillas de mi padre. Y todas las tardes tenía una excusa diferente a la del día anterior, aun sabiendo que el secreto no iba a perdurar callado.

Mi padre empezó a sospechar porque mi nivel sonoro en cuanto al violín iba a mejor.

A las dos semanas, una noche mi padre me esperaba en el portal de casa.

– Me has decepcionado. Has desobedecido mis órdenes y como castigo te quedarás sin violín para el resto de tu vida.

– Tú no entiendes nada, papá.

Pero ahí no acababa la cosa, en el conservatorio conocí a Esperanza, una profesora estupenda y decidí contárselo, ella sin pensarlo dos veces decidió darme clases particulares en su casa sin que mi padre se enterara.

Una noche mi padre salió a tirar la basura a dos manzanas de mi casa, justo al lado de la de Esperanza.

Oyó una linda sinfonía, en el primer piso de una casa, que le recordó a mi madre, su mujer, una sinfonía preciosa, que le tocaba todas las noches cuando tenía alguna preocupación.

Se asomó y me vio a mí, sentado en una silla en medio de una habitación muy acogedora y había una bellísima mujer sentada en un sillón, el cual parecía de cuero.

El corazón le latía a cien por hora con un sentimiento de culpabilidad por haber echado a perder el sueño de su único hijo. Y se dirigió pensativo a casa, dejándome disfrutar de la clase con esa magnífica profesora.

Al acabar la clase, Esperanza me llevó a casa, al abrir el portal ¡estaba allí mi padre! Sentado en la mesa de la cocina

– No te preocupes, adelante...

– Pero, yo no quería... –dijo muy nerviosa, le temblaba todo.

– Ha sido la sinfonía más bonita que escuché desde que murió mi mujer.

Esperanza y yo no dábamos crédito.

– Me arrepiento de lo que he hecho, lo siento.

Poco tiempo después, mi padre accedió a seguir con las clases que Esperanza compartía conmigo, para ampliar y mejorar mi formación.

Y a Bárbara, Ezequiel y a mí, más adelante nos ofrecieron una beca que no quisimos rechazar. Nos dimos a conocer por América.

– Y así es como Roberto y sus amigos cumplieron su sueño, buenas noches hijo, que mañana hay que madrugar.

- Mamá, yo de mayor quiero ser bailarín de clásico.
- Me parece estupendo.
- Buenas noches.

EL SUEÑO DE HAMIRO

Claudia Díez López. 3º ESO
Colegio Inmaculada Jesuítas. Alicante

Todo empezó un día de verano cuando Hamiro, sentado en una vieja silla, contemplaba el mar azul, brillante, que le incitaba a marchar. Con doce años tenía un carácter maduro y entendía que su padre le necesitara en estos momentos, tras la pérdida de su madre. La echaba tanto de menos...

Su vida se basaba en la escasez, puesto que no tenía nada. Su padre acababa de perder su trabajo y con ello también la casa. Ahora vivían con unos amigos, pero ésa no era su vida. Recordaba aquellos momentos en que fueron felices los tres, su padre, su madre y él, cuando tenían casa y podían alimentarse sin necesidad de depender de los demás. Aunque habían sido felices, siempre habían sido pobres.

En ese momento, mientras recordaba la vida que había llevado, se le acercó su padre con expresión de felicidad. Le preguntó si quería cambiar de vida, a mejor; ir a un lugar donde tuvieran oportunidades, donde todos fuesen iguales, donde pudiera estudiar y tener un futuro, donde ser feliz. Muy alterado, asombrado por la proposición de su padre, Hamiro aceptó y la expresión esperanzada de su padre le transmitió tranquilidad. Iba a comenzar una nueva vida, con su padre, donde serían los dos felices. Pero Hamiro no acababa de creérselo del todo.

Tras unos meses llegó el día esperado. Su padre le dijo que su viaje comenzaba en un barco. Cuando lo vio se llevó una gran decepción, ya que no era lo que esperaba. Era un barco pequeño y sucio. Había muchas personas, hombres, mujeres y niños como él. Su único equipaje era una bolsa donde cabía toda su vida.

Era una noche oscura, fría, triste. Hamiro tenía miedo, se sentía solo. Oía las voces de otras personas, el llanto de los niños sufriendo. Había empezado su viaje.

Cada vez veía más cerca esa vida que su padre le había contado. Aunque sería un lugar muy diferente al que había dejado atrás, se lo podía imaginar. Ya lo veía. Se imaginaba durmiendo en una cama, no sobre un montón de paja, su padre le despertaba y le traía ropa nueva, limpia... Él se quitaba la ropa sucia que llevaba y se ponía un traje azul marino tan elegante; asistía a un buen colegio, donde aprendía muchísimo y tenía amigos, chicos y chicas, que hablaban con él y no le insultaban por su color ni por su raza. Se sentía igual a los demás.

Pero la realidad... fue una pesadilla. Su compañero fue el frío, la lluvia, el hambre, la suciedad, los vómitos, los llantos, el ruido de los cuerpos sin vida al arrojarlos al mar. Quizás su sueño iba a tener un precio demasiado alto.

Por fin llegaron a la costa. Era de noche, se acercaron despacio, en silencio, sintiendo que sus cuerpos no podían soportar más la sed, el hambre y el frío. A pesar de ello, Hamiro se sentía feliz, veía cerca todo lo que le había prometido su padre. Su nueva vida iba a llegar. Todo iba a salir bien, pero....

De pronto parecía de día, algo les iluminaba, oía voces, gritos y sirenas. Todos empezaron a correr. Hamiro se tiró al suelo y cerró los ojos, quería soñar, pero su sueño ya se había terminado.

CARTA DESDE DONIKO

Laura Pablos Jiménez. 3º ESO
Colegio Inmaculada Jesuítas. Alicante

Querida María:

¿Qué tal te va? Yo estoy en Doniko, pueblo próximo a Dakar. Estoy bien, aunque de la mayoría de las personas que veo a diario no puedo decir lo mismo. Esto es muy duro, no me imaginaba que las cosas estuvieran tan mal en el mundo. Me está afectando demasiado.

La semana pasada no pudimos salvar a Josué, un niño de tan solo 5 años. Tenía rotas dos costillas y una gran hemorragia en el pulmón. Su padre le había dado una tremenda paliza por intentar coger una onza de chocolate. La operación duró 5 horas. No sirvió de nada. Aunque eso no fue lo único que hicimos. Pusimos más de 200 vacunas para prevenir la malaria, encontramos a dos niños deshidratados a los cuales también ayudamos, curamos las heridas a unas mujeres que habían sido apedreadas por “ser” adúlteras... La gente de aquí está un poco desquiciada..., aunque afortunadamente no toda. También hay gente honrada y humilde que solo busca lo mejor para su familia.

Vivimos en una jaima cerca de la gente del pueblo. El pueblo es como una gran plaza, y la gente vive a su alrededor. Forman algo parecido a una gran familia donde todos comparten lo poco que poseen.

Llevo dos días sin poder dormir. Ésta es una experiencia muy dura.

Hace unos días vinieron a la tienda del hospital dos hermanas de siete y nueve años. Tenían sarampión. Estuvieron ingresadas tres días. Manuel y yo las estuvimos cuidando día y noche. Al anochecer querían que les leyéramos un cuento. Seguramente no entendían nada, las pobres niñas nunca habían ido a escuela. Al tercer día se recuperaron gracias a los medicamentos que les habíamos puesto. Esa misma mañana les dimos el alta.

Eran muy cariñosas y ahora las echo de menos. Antes de irse nos dieron a cada médico una pulsera preciosa. Junto a esta carta te envió un sobre con esta pulsera. Quiero que no me echés de menos, que siempre me tengas presente y que cuando pienses en mí mires la pulsera. Así te darás cuenta de que aquí soy más necesaria y útil que allí contigo. Prometo escribirte por lo menos una carta cada mes. No te preocupes por mí, aquí estoy bien. Espero que seas muy feliz, te lo mereces.

Un beso y recuerdos a todos los amigos de Alicante.

Doniko, a 15 de octubre de 2008.

EL PALACIO

Lorena Asín Gimeno. 2º ESO
Colegio María Auxiliadora. Alicante

Érase una vez un gran palacio de cristal en un lugar. Allí vivía un rey y una princesa pequeña que tenía ocho años. Al rey le daba miedo que su hija saliera del palacio, porque era muy hermosa y no quería que nadie la mirase. Por eso, el rey dispuso en el palacio todo lo que su hija podía encontrar en el exterior: elefantes, monos, jirafas, tigres y camellos, entre otros. Su hija se divertía jugando con ellos, pero empezó a aburrirse de estar siempre en el mismo lugar.

Como el palacio era inmenso, empezó a recorrerlo todo, tanto en las alturas como en el subsuelo. Encontró muchas estancias abandonadas, otras más amuebladas hasta que llegó al pico más alto del palacio.

Un tiempo después de haber recorrido las alturas, empezó a explorar el subsuelo. También encontró muchas salas, pero en un pasillo creyó ver a un tigre blanco. “¿Cómo puede existir un tigre blanco?” “¿Pero no son todos naranjas?”, se preguntaba la princesa. La pequeña nunca había visto un tigre blanco, por eso estaba desconcertada. Entonces decidió seguir a ese tigre bajo tierra. Cada vez que doblaba una esquina veía desaparecer el tigre en otra. Así, el tigre blanco guió a la niña por lugares inexplorados, aunque ella le seguía porque tenía curiosidad de ver a dónde iba.

En ese momento llegó a una gran sala de roca y mármol puro. Esa parte ya no era del castillo, pero le daba igual porque todo era precioso. Había un pequeño río subterráneo que cruzaba la estancia; justo enfrente había un trono blanco con una hermosa mujer de pelo negro sentada en él. Había plantas de todo tipo y colores, hasta por el techo. La mujer iba ataviada con un gran vestido blanco. El tigre se acercó a la mujer y se sentó a su lado.

Fue entonces cuando la niña se fijó en que había muchos pájaros y animales en los alrededores. Había conejos de piel suave, pájaros y zorros, entre la hierba. La mujer se levantó y se acercó a ella. Le preguntó si le gustaba y la pequeña le dijo que sí, que era todo muy hermoso. Nuevamente le preguntó si sabía quién era ella y la princesita le contestó que no. La extraña mujer le reveló que era su madre y que era la reina de los seres del subsuelo, que eran como en la superficie, que allí crecían y vivían pero eran otro tipo de especie. La niña se quedó boquiabierta. Nunca le habían dicho quién era su madre, ni que existía un reino bajo tierra. Quería quedarse pero su madre le dijo que aún no podía. Le dijo que era muy pequeña, que cuando fuera más mayor podría elegir entre gobernar la superficie como su padre, o el subsuelo como su madre. La mujer le dijo que tenía que irse de allí, porque su padre la estaría buscando. Antes de irse le dio un pequeño colgante de plata y le dijo que lo guardara para que nadie lo viera. También le dijo que no se lo dijera a nadie, ni siquiera a su padre, que si lo hacía no podría gobernar ni la superficie ni el subsuelo. El tigre la volvió a guiar hacia la superficie y sin que nadie lo viera, desapareció. La niña no se lo contó a nadie, pero a menudo intentaba volver al lugar, pero no sabía llegar. Así que esperó su momento, anhelando volver a las hermosas profundidades con su madre.

LA AMISTAD NO TIENE KM SINO MM

Irene Martín Avi. 1º ESO
Colegio María Auxiliadora. Alicante

Una familia corriente, aunque muy acostumbrados a la buena vida se fueron de crucero por el océano Atlántico. Eran cuatro en la familia, la madre se llamaba Nora y el padre Miguel, tenían un niño y una niña. El niño se llama Daniel y tenía un año, la niña se llamaba Andrea y tenía trece.

El barco en el que iban se hundió a causa de una tormenta muy fuerte. Miguel consiguió sacar a su familia del barco en un bote y por la mañana aparecieron tumbados en la arena pues, por suerte, el agua les había arrastrado. Se encontraban en una isla. Desde donde estaban solo se veía una inmensa selva y un volcán a lo lejos.

–¿Dónde estamos, mamá? –preguntó Andrea con voz de enfado, más que de miedo al estar perdidos.

–¡No lo sé! –exclamó la madre asustada.

–Probablemente en una isla perdida del Atlántico –dijo el padre mientras que cogía a Daniel.

Andrea caminó deprisa hacia la selva y sus padres la miraron con cara de extrañados.

–¿A dónde vas Andrea? –le preguntó su madre.

–¡Es obvio! A buscar cobertura para que nos rescaten –exclamó Andrea con aire de mal humor.

–Cariño lo que tienes en la mano no es un móvil, es un lagarto camuflado... –dijo el padre mientras se reía junto a la madre por lo bajo.

–¡Ahh! ¡Qué asco! –gritó Andrea mientras que tiraba al pobre lagarto por los aires.

Caminaron hacia la selva en busca de algún tipo de vida en aquella isla, y no se equivocaron pues al rato de estar caminando oyeron unos ruidos de tambores.

–Parece... música, ¡un poco anticuada pero lo es! –dijo Andrea.

–No seas así Andrea ¡será una tribu, estamos salvados! –exclamó el padre.

–Miguel, ¡y si son caníbales! –gritó la madre.

–No creo mamá, pero tranquila han oído tu grito –dijo Andrea.

La música desapareció y el miedo corría por la sangre de la familia, entre las plantas altas aparecieron unos cuantos hombres con lanzas y rodearon a la familia.

–¿Quiénes sois? –preguntó uno de ellos.

–Por lo menos hablan nuestro idioma –dijo Andrea.

–Somos de España, íbamos de crucero pero naufragamos –dijo Miguel.

–Cielo, no creo que sepan lo que es un crucero –dijo la madre.

–No, tranquila señora, nosotros entender, seguirnos hasta nuestra aldea –dijo el indígena.

Caminaron por la selva hasta llegar a la aldea, era pequeña y había muchos niños pequeños corriendo alrededor. Era un paraíso para toda la familia... menos para Andrea.

–Ohh... ¿tendría que decir qué bonito? –dijo Andrea.

–¡Andrea! No seas estúpida –le contestó la madre.

–Tranquila señora, yo tener una hija de la misma edad, ser muy testadura. Yo llamarme Sajuh y esta ser mi aldea.

–Sajuh, nosotros podríamos quedarnos en vuestra aldea hasta que nos rescaten –dijo Miguel.

–Claro, venid –dijo Sajuh muy convencido.

La familia le siguió muy ligeramente pues solo habían salvado unas pocas cosas del naufragio y lo llevaban en dos mochilas pequeñas. Llegaron a una cabaña bastante grande y entraron dentro.

–Esta ser mi esposa Yojuhka y esta ser mi hija Tashira –dijo Sajuh.

–¡Hola! –exclamó Tashira dirigiéndose a Andrea.

–Hola... me llamo Andrea –dijo Andrea un poco desconcertada por el “hola” tan entusiasta de Tashira.

–Bienvenidos, pasar por aquí os enseñaré vuestra habitación –dijo Yojuhka.

–Gracias por acogernos, solo será hasta que pueda arreglar nuestros teléfonos y os daremos lo que nos pidáis por vuestra gratitud –dijo Miguel.

–Nosotros solo pedimos que ustedes no digan nada de nosotros; vivir bien.

–¡Claro! lo que nos pidáis, Yojuhka, ¿podrías decirme dónde puedo bañarme? Odio tener arena en el pelo. ¡Ah!,

por cierto, me llamo Nora, qué maleducada soy... –dijo Nora.

–Creo que nos llevaremos bien Nora, yo ser muy habladora –dijo Yojuhka–. Sígueme, limpiaremos a Daniel.

Mientras tanto Andrea y Tashira hablaban y cada vez se llevaban mejor. Cuando oscureció Andrea y Tashira se fueron a la orilla de la playa junto con unas amigas de Tashira.

–Bueno, ya sabemos todo la una de la otra –dijo Andrea.

–¡No todo! ¿Cuál es tu animal favorito? –le preguntó Tashira.

–Pues... creo que el gato, es que tengo uno –respondió Andrea.

–¿Un gato? Tienes uno en casa, pero si son gigantes y comen carne –dijo Tashira.

–¡Jaja! Te confundes con el tigre –dijo Andrea.

–¡Ah! ¿Sí?, pues es que yo solo he visto gatos grandes; bueno, mi animal preferido es el lagarto camuflado –respondió Tashira.

–No será pequeño, con ojos saltones y de color de roca –respondió Andrea.

–Sí ¡jaja! ¿Te gustan? –le preguntó Tashira.

–Más o menos ¡jaja! –le respondió Andrea.

Estuvieron toda la noche hablando, pasaron semanas, la familia se integraba más y se le iba la idea de marcharse pero lo indeseable pasó, el móvil se arregló y consiguieron cobertura.

–Andrea, cariño te voy a dar una buena noticia ¡Nos vamos, nos van a rescatar! –dijo Nora con voz de preocupación.

–¡No! Yo no me quiero ir –le respondió Andrea.

–Creía que lo estabas deseando –le dijo Nora.

–Lo siento pero nos vamos –dijo Miguel.

Andrea y Tashira se despidieron con lágrimas pero prometieron que nunca se olvidarían la una de la otra y se hicieron una pulsera de la amistad.

La familia se marchó sin mirar atrás, pues se dejaban toda una aventura y muchas amistades.

Jamás le dijeron a nadie que en la isla existía una tribu, tal y como le dijo Sajuh pero Andrea y Tiara se volvieron a ver, pues al cabo de un tiempo... Miguel y Nora decidieron hacer una última visita a la isla para

llevarles objetos ajenos para la tribu como los cubiertos, platos, juguetes para los más pequeños, sábanas, ropa e incluso les enseñaron a leer y a escribir cosas fáciles. Y os preguntareis cómo consiguieron el dinero, pues simplemente escribieron su aventura.

LAS RELIQUIAS PERDIDAS

Antonio Llopis Gómez y José Angel Leiva Vilaplana. 1º ESO
Colegio Nª Señora del Remedio. Alicante

Una sórdida mañana de domingo, Víctor y Javier se reúnen en un bar para hablar de un tema muy importante. Víctor es un chico enigmático desde la pérdida de sus padres. Se desconoce el motivo de la muerte de ambos. Murieron cuando Víctor tenía la tierna edad de catorce años. Desde entonces este se encarga del negocio familiar, una joyería. Javier es un chico inteligente y responsable. Ambos tienen dieciocho años.

Cuando se encuentran en el bar se van a una zona más discreta. Entonces empiezan a dialogar sobre el mapa que se había encontrado Víctor en el desván de la joyería. A primera vista no observan nada raro ni ninguna dirección a seguir pero después lo vuelven a mirar con lupa y con luz infrarroja y se dan cuenta de que hay unas siglas en un lenguaje raro, pero al girarse el papel debido a una caída descubren que las letras están al revés y que, gracias al conocimiento de Javier sobre geografía, se enteran de que es el nombre de un pueblo de África situado al pie de los montes Drakensberg. Dudan si ir o no pero, como la joyería está en bancarrota y a punto de que la embarguen, se deciden finalmente por ir.

Cogen el primer avión que sale con destino a Sudáfrica. En el aeropuerto descubren a un monje que les dice que era amigo del padre de Víctor y que esperaba su llegada desde hacía años. Ellos se sorprenden y le preguntan:

-¿Qué tenemos que hacer para seguir la búsqueda?

-Tendréis que pasar una prueba que os dirá el sabio de la montaña.

Víctor y su amigo van a visitar al sabio y este les dice:

-Si vuestra amistad es pura, la puerta se abrirá y si no lo es, tendréis que ir os por donde habéis venido.

Ellos intentaron pasar y la puerta se mantuvo cerrada durante unos instantes de tensión, pero al final cedió. Allí

dentro había tres jarrones. Dos estaban llenos de temibles escorpiones y el otro contenía dos billetes de avión hacia Delhi. Al aterrizar allí, Javier tuvo un presentimiento: ir a consultar a los sabios del monasterio. Cuando se dirigía al lugar, descubrió que Carlos, su viejo amigo del pueblo, les estaba siguiendo desde que partieron de la localidad para apoderarse de las codiciadas reliquias. Regresaron al aeropuerto para que su perseguidor se creyera que iban a Nueva York. Él se creyó su astuto engaño y le perdieron de vista.

Ellos volvieron al monasterio donde no vieron ni oyeron nada raro, pero Víctor pisó una baldosa que estaba más elevada que las otras y que estaba al lado de la pared. Esta giró bruscamente y descubrieron una inscripción: “En mi tumba está”. Entonces Víctor comprendió por qué su padre quiso que le enterraran en el cementerio del Tíbet y se dirigieron hacia el lugar. Una vez llegaron, se pusieron a investigar y averiguaron que muchos de los nombres de los muertos no estaban bien escritos porque esos nombres los habían aprendido en clase de latín. Los corrigieron y acto seguido se cayeron a un pasaje subterráneo y buscaron la tumba del padre de Víctor. Cuando la encontraron vieron esta inscripción: “Himalaya 4325m, 4 pruebas”.

Al ver esto recabaron la información y los materiales necesarios para escalar la famosa montaña.

Y empezó la escalada. No contrataron a ningún sherpa por el alto riesgo de traición o engaño. Los primeros novecientos metros fueron relativamente fáciles pero, cuando sus piernas empezaban a agotarse, decidieron acampar y pasar la noche. A la mañana siguiente llegaron a los mil metros y comenzó la primera prueba. Según el papel que habían cogido del cementerio, tenían que enfrentarse a... un “yeti”. Con la fuerza de ambos no hubiesen podido, pero gracias a su inteligencia, se les ocurrió provocar un alud que le tirara montaña abajo mientras ellos se metían en una cueva. Después siguieron escalando cumbre arriba y, aunque estaban ya demasiado cansados, su fuerza de voluntad y su espíritu de superación eran más poderosos que cualquier agotamiento.

Por fin llegaron a su segunda prueba. Estaban situados a dos mil metros de altitud. De la nada apareció, gracias a la humedad de la zona, un géiser que, en su agua contenía un pergamino de papiro mojado. El padre de Víctor colocó

dentro de él un rubí de su tienda. Se les cayó al suelo y estaban tristes porque se partió en pequeños pedazos pero, sin embargo, se alegraron porque tenía una que ponía que habían superado la prueba. Los días siguientes fueron especialmente duros porque no paraba de nevar pero no se rendían.

La tercera prueba no se la esperaban. Tenían que enfrentarse entre ellos. No se lo pensaron, decidieron irse antes que herirse mutuamente. Vieron que la puerta del umbral se abrió. Tras ella se encontraba un cofre. Vieron que había una nota del padre de Víctor que decía que el mayor tesoro es la amistad de ellos y lo mucho que le quería. En ese momento entró en la sala Carlos con una pistola. Le entregaron el cofre y se fue creyendo que era oro. Nuestros héroes tenían tanta confianza en encontrar el tesoro que cavaron días enteros sin parar a descansar y... apareció. Eran antiguas reliquias chinas valoradas en millones de euros. La cuarta prueba presintieron que era el compartir para el bien de los dos. Y recordaron durante muchos años este viaje como el que les cambió la vida.



Ilustración: Jorge López Franco